

La puerta arranca en su polvo envuelto.
 Esto es, señor, lo que hasta aquí ha pasado;
 Si asomos de pecado,
 Si escrúpulos de culpa,
 Si rastro de delito en mi disculpa
 Hallas, rómpeme el pecho,
 Si ya con el dolor no está deshecho.
 Baña, señor, de púrpura caliente
 Este pecho inocente,
 Y esta vida que espira;
 Rompe, acomete, pasa, hiere, tira:
 Ya mi marido eres;
 O me castiga, ó haz lo que quisieres.

Cárl. Levanta, Leonor, del suelo;
 Y tú, cualquiera que seas,
 Que en mi deshonora te empleas,
 En fe de ese ferruero,
 Pide al cielo, que del cielo
 Bajen alados querubenes,
 Que te lleven por las nubes
 Hasta el undécimo muro;
 Que de mí no estás seguro,
 Si á los cielos no te subes.
 Habla, ó sino, sin saber
 Tu calidad, de tu vida
 Seré sangriento homicida.

Cond. Ya es forzoso responder, *(Aparte.)*
 Mas con industria ha de ser.—
 No es, Cárlos, tener amor
 Aventurar el honor
 De la dama.

Cárl. Así lo entiendo;
 ¿Mas qué pretendes?

Cond. Pretendo
 Que no le pierda Leonor;
 Con cualquier suceso aquí,
 Es cierto que se aventura;
 No siendo aquí, está segura.

Leon. Este es el conde, ¡ay de mí! *(Aparte.)*

Cárl. Dices bien.

Cond. Pues ven tras mí,
 Que mis criados están
 Allá fuera, y te darán
 La muerte.

Leon. Cárlos, advierte
 Que está mi vida, ó mi muerte
 En tus manos.

Cárl. Tú, Tristan,
 Con Leonor puedes quedarte.

Leon. Yo no he de quedar aquí,
 Morir tengo junto á ti.

Trist. El triunfo salió de Marte.

Cond. ¿Vienes?

Cárl. Ya voy á matarte.

Leon. Esposo, señor, amigo...

Cárl. ¿Tú defiendes mi enemigo?

Leon. No, sino tu vida, ¡ay cielos!

Cárl. No temas, porque mis zelos
 Son muchos, y van conmigo.

ACTO TERCERO.

Decoracion de selva.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS, CON ESCOPETA; TRISTAN.

Cárl. Vuelvo otra vez á abrazarte;
 Pues, Tristan, ¿cómo te ha ido?

Trist. Muy bien, aunque mal comido.

Cárl. Solo tu amor fuera parte
 Para darme muy buen día.

Trist. Bien malos los tuve allá.

Cárl. Dime, dime, ¿cómo está
 Mi Leonor, el alma mía,
 Mi esposa, y todo mi bien?

Trist. Con salud, aunque muy triste.

Cárl. ¿Qué, la hablaste? ¿Qué, la viste?

Trist. Con los ojos.

Cárl. ¿Qué mas bien!
 Véndeme, Tristan, los ojos,
 Pues con ellos la miraste;
 Dame la luz que gozaste.

Trist. Favores me dió á manojos;
 Así de comer me diera,
 Que vengo medio difunto.

Cárl. Cuéntame punto por punto,
 Como llegaste á su esfera.

Trist. Pues escucha: yo llegué
 A Valencia...

Cárl. ¿Qué valor!

Trist. Aunque con harto temor;
 Y al momento me informé
 De tu pleito y de tu estado,
 Y supe cómo el virey,
 Muypreciado de la ley,
 A pregones te ha llamado,
 Y seis mil escudos de oro
 Promete, ¡qué disparate!
 A quien te prenda ó te mate.

Cárl. ¿Porqué?

Trist. Porque sin decoro,
 Con ventaja y á traicion
 Mataste al conde.

Cárl. Es mentira;
 Que mas que mi propia ira,
 Le mató su sinrazon:
 Mas dime, ¿cómo se sabe
 Tan cierto que le maté,
 Si nadie lo vió?

Trist. No sé;
 Pero como es hombre grave,
 Hay testigo (yo le vi)
 Que en favor del muerto conde,
 Dice el cómo, cuando, y donde,
 Y lo vió como el sofi.

Cárl. ¿Y di, su hermano Ruger
 Aprieta?

Trist. ¿Linda receta!
 Quien hereda nunca aprieta,
 Sino por bien parecer;
 Pero volviendo á tu esposa,
 Que es materia de mas gusto,
 Va de cuento, y va de susto.

Cárl. Ya escucha el alma gozosa.

Trist. Llegué de noche, y llamé.

Cárl. Y dime (¡sospecha fuerte!)

¿Abrieron sin conocerte?
Trist. Media hora porfié,
 A pique de algun desastre,
 Y al cabo aun no merecí,
 Siquiera un quién está ahí,
 Que suele decirse á un sastré.

Cárl. ¿Pues qué desastre temias?

Trist. Ciertos mozos cascabeles,
 Que sonando los broqueles,
 Y orando á las celosías,
 Daban vueltas á la puerta,
 Con música y con rumor.

Cárl. ¿Y asomábase Leonor?

Trist. Como si estuviera muerta.

Cárl. Dios te lo pague, Tristan,
 Que me has vuelto al cuerpo el alma.

Trist. Los dos merecis la palma
 De lo fino y lo galan.
 En fin, tantos golpes dí,
 Que Ines un postigo abrió,
 Y en la voz me conoció;
 Bajó, abríome, entré, subí;
 Y Leonor alborotada,
 Arrojo la labor,
 Bajó al primer corredor,
 Preguntándome turbada
 Por tu salud, á quien yo
 Respondí que bueno estabas,
 Y en este monte quedabas:
 Calló, suspiró, lloró;
 Y contóme que habia muerto
 Su padre.

Cárl. Desdicha ha sido,
 Que en ausencia de un marido,
 Donde es el riesgo tan cierto,
 Sirve de marido un padre.

Trist. Leonor no le ha menester,
 Que aunque es muger, no es muger,
 Sino para la comadre.

Cárl. ¿Está pobre?

Trist. ¿Aqueso dices,
 Sabiendo que pleitos tiene,
 Y que quien los tiene, viene
 A vender bienes raices,
 Plata, hacienda, ropa y trastos,
 Para gastos de justicia?
 Que aunque es virtud, su malicia
 Ha llegado á tener gastos.
 No le ha quedado una joya;
 Y en lo que yo confirmé
 Su grande pobreza, fué
 (Que con aquesto se apoya)
 En que saliéndome un rato
 Antenoche á pasear,
 Ines me bajó á alumbrar
 Con candil de garabato,
 Que es una alhaja tan vil
 En una casa de honor,
 Que no sé cuál es peor,
 Una suegra, ó un candil.
 Pues en lo que toca á dieta,
 Sin duda debe de haber
 Precepto de no comer,
 En aquella casa escueta;
 Porque á nadie vi tratar
 De pedir manducacion,
 Y tanto, que un sabañon,
 Que me solia abrasar,
 Tan cortés y honrado fué
 En ayunar como yo,
 Que aun de burlas no comió
 Mientras allí tuve el pié.

No es burla, un frison grosero
 Solo de estar por su mal
 Dos horas en el portal,
 Salió caballo ligero;
 Y un mastin entró, esto es mas,
 Mas pesado que un hidalgo,
 Y otro dia salió galgo.

Cárl. Siempre de burlas estás.

Trist. En fin, yo me despedí,
 Y esta me dió, en que te avisa
 Que te vayas muy aprisa
 A Castilla, porque así
 Mientras el pleito se enfria,
 Seguro puedes estar;
 Y mañana he de llevar
 La respuesta.

Cárl. ¡Ay, honra mía!
 Mucho teneis que argüir
 Sobre mis vanos recelos,
 Mis dudas y desconuelos,
 ¿Pues cómo yo he de partir
 Sin ver primero á Leonor,
 Y examinar con los ojos
 Mis zelos, ó mis antojos?
 Eso no, civil temor.
 ¿Casta, Leonor, y muger,
 Sola, hermosa y celebrada,
 Querida y necesitada?
 Bien puede, bien puede ser:
 Mas yo he de verlo, aunque sea
 Mi fiscal y mi homicida.

Trist. ¿Qué dices?

Cárl. Que está mi vida
 En que con Leonor me vea
 Antes que otra cosa intente.

Trist. Señor...

Cárl. Aquesto es amor;
 Yo he de verme con Leonor,
 Por ver si tu lengua miente,
 En lo que de ella asegura.

Trist. Advierte...

Cárl. ¿Tú no dijiste
 Que fuiste? Pues si tú fuiste
 Por hacer la noche oscura,
 Tambien yo podré.

Trist. No puedes,
 Porque te buscan á ti,
 Y no á mí.

Cárl. Yo iré sin mí.

Trist. Lengua tienen las paredes.

Cárl. ¿Luego han de topar conmigo?
 ¿Luego me han de conocer?
 ¿Y luego me han de prender?

Trist. Sí, que es fuerte tu enemigo.

Cárl. Vamos, que todos son pocos.

Trist. ¿Pues dónde de esta manera?

Cárl. A mi casa.

Trist. Mejor fuera
 A la casa de los locos.

Jardín en casa de Leonor.

ESCENA II.

LEONOR, INES.

Leon. Vuelve á esperar á Tristan,
 Que yo entre tanto á estas flores,
 A quien del sol los rigores
 La luz usurpando van,

Quiero reñir su locura,
Pues tanto se me parecen,
En las mudanzas que crecen.
Ines. Dios te guarde. ¡Qué hermosura!

ESCENA III.

LEONOR.

¿De qué sirve, decid, hacer alarde,
Flores, de vuestros vanos resplandores,
Si cuando el sol recuerda naceis flores,
Y no gozais la sombra de la tarde?
Ayer aquella flor ménos cobarde,
En copa de rubies bebió alcores;
Y ya son de vergüenza sus colores;
Caduca presto, aunque nacida tarde.
Hoy muere, en fin, aun ántes de nacida,
Y ayer del campo fué purpúrea estrella,
En sus nácares mismos encendida.
Ayer se vió adorar, y hoy se atropella;
Flores, la dicha es flor y flor la vida,
Miradme á mí, ó escarmentad en ella.

ESCENA IV.

LEONOR, INES.

Ines. Si no lo tienes por pena,
Estela y Fernando, advierte,
Entran ya.
Leon. ¡Qué mayor suerte!
Vengan muy enhorabuena,
Que les debo mil favores
En ocasion tan urgente.
Ines. Luego ya Fernando...
Leon. Tente, Tente,
Tente, *Ines,* si no es que ignores
Que ya para mí ha trocado
La voluntad en desden,
Y que á Estela quiere bien
De su hermosura obligado,
Y de verme con marido,
Que es la mas fuerte razon.

ESCENA V.

DICHAS, DON FERNANDO, ESTELA.

Ines. Él cumplió su obligacion.
Leon. Y Estela lo ha merecido.
Est. Solo ha merecido Estela,
Que pague su grande amor.
Leon. ¿Prima? ¿Fernando?
Fern. ¿Leonor?
Leon. Algo tiene de cautela
Cogerme desprevenida.
Est. Yo perdono la merienda.
Leon. ¿Cómo te va con la prenda?
Est. Como quien la halló perdida.
¿Qué hay de Carlos?
Leon. Salud tiene.
Fern. ¿Y de pleito?
Leon. Tiene amigos,
Aunque hay algunos testigos
Que Don Rugero previene,
Que juran lo que no vieron,
Porque sola yo lo ví.
Fern. A no renovar en tí
Desdichas que procedieron
De aquella noche infelice,
Te rogára lo contáras.

Leon. Y mandándolo me honráras,
Que aunque el dolor que se dice
Renueva, ofende y altera
La llaga, tambien sé yo
Que mueve á quien le escuchó:
Ello fué de esta manera.
Como zeloso toro, que en el prado
Verde palestra de coral teñida,
Al advertido silbo enamorado,
Peinando el suelo con la mano hendida;
Y en viéndole, parece que erizado
Le vuelve la mas parte de la vida,
Metiendo mano cada cual valiente
A las dos medias lunas de la frente:
Cárlos así de su valor vestido,
Cárlos así de su furor armado,
Cárlos así de su nobleza herido,
Cárlos así de su pasion buscado,
Cárlos así zeloso y ofendido,
Contra el conde se vuelve tan airado,
Que le pronosticó su eterno sueño,
Antes que con la espada, con el ceño.
Saca el conde la suya, y Cárlos fuerte,
Tanto con él intrépido se junta,
Que por el pecho le escondió la muerte,
Y por la espalda le asomó la punta:
El alma, luego que el suceso advierte,
Desampara la forma ya difunta;
Que como, al tiempo de mudar de puesto,
Halló dos puertas mas, salió mas presto.
Llegaron los criados, y cual rayo,
De las nubes aborto malparido,
Encubierto los sigue, y á un lacayo
Quita el caballo, al conde prevenido:
Era el fuerte animal de color bayo,
Y de manos y piés tan sacudido,
Que cuando con la cólera relincha,
Mide lo que hay del suelo hasta la cincha.
Sube gallardo en él, y á mí se viene
Diciendo: Mi Leonor, mi luz, mi vida,
Hoy mi adversa fortuna, porque tiene
Tanto de adversa, ¡ay Dios! como de mia,
Loca, mudable, bárbara, perene,
Me aparta de tu dulce compañía;
Y á Dios, Leonor, mil veces repitiendo,
Flecha de plumas pareció corriendo.
Con dos remos por banda, la galera
Del fogoso animal tan alta sube,
Que pareció codicia de otra esfera,
U antojo de beber de alguna nube:
Porque la tierra olvida de manera,
O me lo pareció, segun estuve,
Que á ser visible el aire, mas de un clavo
Se viera impreso en el cenit octavo.
Como suele quedar la flor doncella,
Hija de Adónis, cuando el viento airado
Con el diáfano acero la degüella
Por la garganta de su pié delgado;
O cual mustio clavel, que se querella
Del sol, que las entrañas le ha abrasado,
Y agonizando con la fiebre, loco
Viene á morir, quizá de beber poco:
Así quedé llorando, lo que ahora
Con lágrimas repito desatadas,
No como algunas, que el melindre llora,
Aun enjutas primero que lloradas:
A la noche, á la tarde, y al aurora,
Aquellas glorias, por mi mal pasadas,
Lloran mis ojos con eterno llanto,
Que tanto ha de llorar quien pierde tanto.
Porque en llegando, ¡ay Dios! en mi despecho,
A imaginar cuando la noche calma,

Que ha de sobrarme la mitad del lecho,
Y ha de faltarme la mitad del alma;
A no acordarme de que Dios lo ha hecho,
Y á no temer la perdicion del alma,
Yo misma, para ejemplo de las gentes,
Me hubiera hecho pedazos con los dientes.
Mas esperando que mi suerte esquivo
Saque una vez en mi favor la espada,
Sola, necesitada, muerta, viva,
Melancólica, triste, desdichada,
Afligida, llorosa, compasiva,
Pobre, constante, huérfana y honrada,
Guardo la vida, porque Cárlos tenga
Con quien partir la suya cuando venga.
Fern. Vivas, Leonor, muchos años,
Que con la vida se alcanza
Todo.
Leon. Sola esa esperanza
Es alivio de mis daños:
Mas ya el sereno nos dice
Que á la sala nos entremos.
Fern. Todos tu luz seguiremos.
Leon. Fuera de eso, aunque infelice,
Espero cierto galan.
Est. ¿Galan?
Leon. Sí, por vida mia.
Fern. ¿Es Cárlos?
Leon. ¿Cómo podria?
Est. ¿Pues, quién? por mi amor.
Leon. Tristan,
Que como él no es conocido,
La otra noche estubo aqui.
Fern. ¿Y esperasle ahora?
Leon. Sí.
Fern. Huélgome de haber venido
En tan gustosa ocasion.
Leon. Pues entrad y cenaréis,
Con tal que me perdoneis.
Est. Buenos tus desvelos son.
Leon. Antes no os convidó á nada,
Que si os doy lo que me enviáis,
Vosotros sois quien me honrais,
Y yo soy la convidada.
Est. ¡Qué discreta!
Fern. ¿Qué cortés!
Est. No hay, Fernando, dicha hermosa.
Fern. Ser hermosa, es ser dichosa.
Leon. Adelántate tú, *Ines.*

Decoración de campo.

ESCENA VI.

DON CARLOS, TRISTAN.

Trist. Advierte...
Cárl. Ya es por demas.
Trist. La sogá llevas tras tí.
Cárl. A Valencia he de ir así.
Trist. Mira que á tu muerte vas;
A quien te mate ó te prenda
Da el virey seis mil ducados,
Con que infinitos soldados,
De estos que toda su hacienda
Llevára una hormiga en peso,
Andan locos á buscarte,
Por prenderte, ó por matarte.
Cárl. Yo confieso que es esceso;
Pero yo tengo de ver
Si hace un milagro el amor.

Trist. ¿Milagro pides? ¡Qué error!
Cárl. ¿Porqué?
Trist. Porque puede ser
Que pare en tu detrimento.
Cárl. Mi mal no puede, aunque quiera,
Ser mas.
Trist. Sí puede.
Cárl. Es quimera.
Trist. Oye á propósito un cuento.
Enfermó un hombre de un ojo,
Y tanto su mal creció,
Que de aquel ojo cegó,
Si no lo habeis por enojo.
Con el ojo que de nones
Le vino á quedar, pasaba,
Y veia lo que bastaba,
Sin curas, aguas, ni unciones.
Mas como uno le dijese
Que si es que vista desea,
Al Cristo de Zalamea
Devoto y contrito fuese,
Donde por diversos modos
El cojo, el ciego, el mezuquino,
Con el aceite divino
De todo mal sanan todos;
El al punto se partió,
Con fin de desentuetar,
A el soberano lugar;
Y apénas en él entró,
Cuando á la lámpara parte,
Y tanto el aceite agota,
Que entrambos ojos se frota
Por una, y por otra parte.
El ojo que bueno estaba,
Con el contrario licor,
Sintió tan fuerte dolor,
Que del casco se saltaba;
Y en fin, sin remedio alguno
Hubo de venir á estado,
Que de allí á un hora el cuitado
Ya no veia de ninguno.
Al Cristo entonces se fué
Atentando como pudo,
Y á sus piés muy á menudo,
Con mas cólera que fe,
A grandes voces decia:
Señor, á quien me consagro,
Ya no pido, no, milagro,
Sino el que yo me traia.
Cesó el dolor, y al momento,
Contento de hallar su ojo,
Se volvió sin mas antojo
De milagro: aplica el cuento.
Cárl. ¿Qué importa, si me traspasa
El alma, aun con mas dolor,
Que la muerte...?
Trist. ¿Qué, señor?
Cárl. ¿Qué? las cosas de mi casa.
Trist. Mi señora es tan honrada,
Que mas no lo puede ser.
Cárl. Sí, pero en fin es muger,
Y muger necesitada.
Trist. Muchas en el mundo ha habido,
A quien nombre el tiempo da
De úrmes.
Cárl. Eso será
Siendo dichoso el marido.
Trist. La que es buena, por si es buena,
Sin otra solicitud;
Porque la propia virtud
No estriba en la dicha ajena.
Cárl. Estando en el arco asida,

¿Porqué una cuerda se parte?
Trist. Porque tirando sin arte,
 Si pasan de la medida
 Adonde llega la cuerda,
 Por fuerza se ha de romper.
Cárl. Eso vendrá á suceder
 Con Leonor; Leonor es cuerda,
 Pero viéndose apretada
 De tanto necio galán,
 Y sobre todo, Tristan,
 Estando necesitada,
 Rendida á injustos abrazos,
 Podrá decir: cuerda fui,
 Tiraron mucho, y así
 Fué fuerza hacerme pedazos.
Trist. Y cuando fuese verdad,
 ¿Tú qué has de hacer?
Cárl. ¿Qué? Matarla,
 Consumirla y abrasarla.
Trist. No estando tú en la ciudad,
 Y siendo Leonor discreta,
 ¿Cómo has de poder saber
 Si te pudo, ó no, ofender?
Cárl. No hay cosa, Tristan, secreta.
Trist. Quien ama, y honrada fué,
 Aun no se fia de sí.
Cárl. ¿No tiene vecinos?
Trist. Sí.
Cárl. Pues yo sé que lo sabré;
 Que hay hombre que se entretiene
 En ser perpetuo veedor,
 Y para hacerlo mejor,
 Su libro de caja tiene,
 Donde el que quiere saber
 Si el vecino entró, ó salió,
 Si la música se dió,
 Si se asomó la muger,
 Lo verá tan puntual,
 Como fué la presuncion,
 Y con su cuenta y razon,
 Fojas tantas, noche tal.
Trist. Vendrá á ser ese vecino,
 Si lo cursa dos inviernos,
 Coronista en los infiernos.

Decoracion de calle.

ESCENA VII.

TEODORO Y CLAUDIO, CON HACHAS; ESTELA, CON UN TAFETAN EN LA CABEZA; DON FERNANDO ACOMPAÑANDO A LEONOR, QUE BAJA CON ELLAS HASTA LA PUERTA; Y POR OTRO LADO CARLOS Y TRISTAN.

Fern. ¿En fin, el galán no vino?
Est. Por llevarte mas presente,
 He consentido, Leonor,
 Que pases del corredor.
Trist. Esta es la calle; mas tente,
 Que hay dos hachas á la puerta.
Cárl. ¿Dos hachas? Agüero ha sido.
Trist. ¿Qué puede haber sucedido?
Cárl. Estar ya mi honra muerta,
 De enfermedad de algun yerro,
 Y enterrarla en oro ó cobre;
 Porque á la puerta de un pobre,
 Nunca hay hacha sin entierro.
Trist. ¿Qué entierro, ó qué frenesi?
 ¿No ves á Estela y Fernando
 Estar con Leonor hablando?
Cárl. Pues escucha desde aquí.

Claud. Cárlos ha sido dichoso
 En encontrar tal muger.
Teod. Como no venga á caer;
 Porque aunque adore á su esposo,
 Como son los pareceres
 Varios, puede su belleza
 Cansarse de su pobreza;
 Y hay, Claudio, muchas mugeres,
 Que son, á mas no poder,
 Haciendo una liviandad,
 Malas por necesidad,
 Y no por quererlo ser.
Trist. ¿Oyes esto?
Cárl. Muerto estoy.
Teod. Advierte, señor, que es tarde.
Fern. Pues á Dios.
Leon. El cielo os guarde.
Fern. Ola, el coche: vuestro soy.

ESCENA VIII.

DON CARLOS, TRISTAN.

Cárl. ¿Qué te parece, Tristan?
Trist. Que ha sido tu flema mucha.
Cárl. De mi pasion... Mas escucha,
 Que allí una música dan.
Trist. ¿Pues que importa que la den?
 ¿No será mejor llamar,
 Ver á Leonor, y cenar?
Cárl. No es mejor, ni me está bien.

(Cantan dentro.)

Mús. ¡Ay, necesidad infame,
 A cuántos honrados fuerzas
 A que por amor de ti
 Hagan mil cosas mal hechas!

Cárl. ¡Ay, honor, y como creo
 Que habeis de volverme loco!
 Cuanto miro, cuanto toco,
 Cuanto escucho, y cuanto veo,
 Parece que en profecía,
 Como si me conociera,
 Me anuncia con voz severa
 La triste desdicha mia.
 ¡Yo por mi muger infame!
 ¡Oh, mal haya el inventor
 De este género de honor,
 Si honor es bien que se llame
 Cosa que no está en mi mano,
 Y estribe en ajena culpa!
 Pero dará por disculpa
 Algun político humano,
 Que como por sacramento
 Son el hombre y la muger,
 Una carne, una alma, un sér,
 Una vida y un aliento,
 El agravio se reparte,
 Segun es la cantidad,
 Y como por vecindad
 Le alcanza al hombre su parte.
 ¿Pues, cómo mi honor manchado,
 Pudiéndolo yo impedir?
 No, Leonor, yo he de morir,
 Y he de morir por honrado.
 Vive Dios, Leonor hermosa,
 Que no has de ofender tu honor
 Por ser pobre, y que mi amor
 Ha de hacer por tí una cosa,
 Que á poner venga en olvido
 Cuantos triunfos generosos,
 Por afectos amorosos,

Hayan los hombres tenido. —
 A Dios, Tristan.
Trist. ¿Dónde vas?
Cárl. Esto en el honor es ley,
 A verme con el virey.
Trist. ¡Jesus, que perdido estás!
 ¿Al virey? Escupe luego.
Cárl. Quédate, y dile á Leonor,
 Que voy á morir de amor
 Como fénix en el fuego;
 Y en mi nombre le darás
 Este abrazo.
Trist. Escucha, espera.
Cárl. No soy hombre, que soy fiera.
Trist. Pues dime, ya que te vas,
 A qué vas, para que entienda
 El extremo de tu amor.
Cárl. A dejar rica á Leonor,
 Porque despues no me ofenda.

Salon en el palacio del virey.

ESCENA IX.

EL VIREY, FIRMANDO CARTAS EN UN BUFETE CON LUZ;
 EL SECRETARIO, CRIADOS.

Sec. Ésta que firmaste ahora,
 Es para su majestad.
Virey. Pues luego la trasladada.
Sec. ¿Esta carta?
Virey. ¿Quién ignora
 Que vida con *v* se escribe,
 No, secretario, con *b*?
Sec. Yerro de la pluma fué,
 Que no mio.
Virey. Quien recibe
 Una carta mal escrita,
 No sabe si fué ignorancia;
 Y aunque en fin no es de importancia,
 Ni al dueño desacredita,
 Es una cosa tan justa
 Hablar siempre con verdad
 En todo á su majestad,
 Que aun el alma se disgusta
 De esa breve niñeria;
 Y así volvedla á escribir,
 Porque no se ha de mentir
 Al rey, ni en la ortografía.
Sec. Para el marques tu sobrino,
 Es ésta.
Virey. ¿Hay mas que firmar?
Sec. Bien te puedes acostar.
 (Dentro criados.)
Criado. ¡Hay tan grande desatino!
 Sin duda que loco viene.
Virey. ¿Qué es esto?
Criado. Un hombre, que ha dado
 En que aunque estés acostado
 Te ha de hablar.
Virey. ¿Qué traza tiene?
Criado. Aun no le he visto la cara.
Virey. Pues decidle que entre.
Criado. Entrad.

ESCENA X.

DICHOS; DON CARLOS, EMBOZADO.

Cárl. Ello es gran temeridad,
 Pero el amor no repara

En nada.
Virey. Decid que hable,
 Pues está ya en mi presencia.
Cárl. Solo quiero á vuecelencia.
Virey. ¿Solo? ¿Sucedo notable! —
 Mas un hombre como yo, (Aparte.)
 Que jamas conoció el miedo,
 ¿De qué duda? — Solo quedo:
 Idos todos. (Cierra la puerta.)

ESCENA XI.

DON CARLOS, EL VIREY.

Cárl. Ya cerró. (Aparte.)
Virey. Ya está cerrada la puerta,
 Y á solas estás conmigo.
 ¿Qué dices ahora?
Cárl. Digo
 (Bien mi muerte se concierta)
 Que has de darme, gran señor,
 Palabra, sin agraviarme,
 Sea quién fuere, de escucharme.
Virey. Si doy, habla.
Cárl. ¿Qué valor! (Aparte.)
 Yo soy Don Cárlos de Osorio.
Virey. ¿Qué dices?
Cárl. Escucha ahora,
 Ilustre señor, la accion
 Mas nueva, y mas prodigiosa,
 Que en los anales del tiempo
 Han escrito las historias.
 Yo maté al conde, es verdad,
 Mas fué, porque con mi esposa
 Le hallé una noche, fingiendo
 En la voz, y en la persona,
 Que era yo, para gozar,
 Fiado en sus negras sombras,
 Si no el todo, alguna parte
 Del aliento de su boca.
 Y cuando fuera mi dama,
 Viéndole con ella á solas,
 Hiciera tambien lo mismo;
 Que en mi opinion no se forma
 El duelo de aqueste agravio,
 Porque la muger se nombra
 Propia, sino porque siendo
 Dueño suyo el que la goza,
 Atreverse á enamorarla
 Es despreciar su persona,
 Y no tenerle respeto,
 Sea, ó no, la muger propia;
 Que las ofensas del gusto
 Tambien al alma le tocan.
 Temeroso de las varas,
 Que en cualquiera parte sobran,
 Dejé animoso á Valencia,
 Y huyendo de mil pistolas,
 Fui á un monte, tan preñado
 De los pinares que aborta,
 Que sus torcidas raices,
 Que por la tierra se asoman,
 Rifiendo sobre el lugar,
 Se pisan unas á otras.
 Allí empedrados los riscos
 De cantuesos y amapolas,
 Tan cerca habitan del cielo,
 Que los llantos de la aurora
 En vaso de nácar beben,
 Primero que el mundo un hora.
 Por este verde edificio,
 Discurriendo en mis congojas,

Entre dos peñas, hallé
Formada una parda alcoba,
Que á mi parecer, seria,
Si al desaliño se nota,
O de algun sátiro albergue,
O de algunos brutos choza.
Entrámos yo, y un criado,
Que en mis aflicciones todas
Me ha acompañado leal,
Y mirando á la redonda
Aquel hospedage oscuro,
Mil aberturas y bocas
Descubrimos, tan confusas,
Que en su fábrica arenosa,
Aun yo no me hallaba á mí
Muchas veces sin antorcha.
Con esto me aseguré
De la molestia enojosa
Que mis temores me daban;
Y puesto que celda angosta,
En uno de aquellos nichos,
De árboles, pellejos y hojas,
Hice cama, donde estuve
Cercado de peñas toscas
Diez meses, y mas tres dias,
Con el fuego, y con la honda,
Matando para comer,
Ya la liebre corredora,
Y ya el tímido gazapo,
Que entre las matas se embosca.
Y estando mirando un dia
Requebrarse una paloma,
Que á su consorte, ó marido,
Cuando el sol los campos borda,
Con mil géneros de arrullos,
El pico daba amorosa,
Ví que un gavilan hambriento
Con agudas alas corta
El aire desde una encina,
Y estando mas cerca, roba
De los dos al triste esposo,
Llevándole entre las corvas
Uñas al árbol primero,
Donde con furia rabiosa
Se le comió sin trinchante,
Llena de plumas la boca.
Y volviendo á la viuda,
Ví que afligida y llorosa,
Dando vueltas, y escarbando
Con los piés la verde alfombra,
Parece que á su fortuna
Se quejaba afectuosa;
Que en el mas torpe animal
Tiene el dolor ceremonias.
Era entre todas, señor,
Si bien de una especie todas,
Ésta mas blanca de pluma,
Y mas jarifa de pompa:
Por lo cual otros amantes,
Contentos de verla sola,
En vez del pésame y luto,
La cercan y la enamoran.
Cuál una pluma le quita,
Cuál la halaga y la retoza,
Cuál galan se contonea,
Cuál la arrulla, cuál la ronda,
Y cuál los granos de trigo
Le lleva para que coma;
Que hay tambien aves discretas,
Y saben que el dar importa.
En fin, aunque se defiende,
Y aunque la pena la ahoga,

La necesidad la obliga
(Tanto este monstruo ocasiona)
A que el tálamo de pajas
Pise de otro amante novia.
Esto vi, señor, un dia,
Y revolviendo en mis cosas,
Confuso y turbado dije
A mi cobarde memoria:
Leonor es muger, y pobre,
Muy querida, y muy hermosa,
El mundo fuerte enemigo,
Ausente yo, y ella sola;
¿Pues qué sé yo si Leonor
Hace como la paloma,
Y da lugar en el nido
A quien el trigo la arroja?
Con aquestos pensamientos
El alma traje tan loca,
Que tirar piedras podia
A los sentidos que informa.
Déspaché luego al criado
A Valencia, por la posta,
El cual me refiere, ¡ay cielos!
De mi Leonor, de mi esposa,
Necesidades tan grandes,
Y finezas tan honrosas,
Que al paso que me regalán,
El corazon me apasionan.
Y despues de mil discursos,
Viendo que la tenebrosa
Noche me ayuda, en el trage
Que miras, entro á deshora,
Resuelto á satisfacer,
Aunque á morir me disponga,
De mis dudas y recelos
La conciencia escrupulosa;
Y estando en mi calle un rato,
Por ver si alguno alborota
Mi casa, cuanto escuché
Fué anuncio de mi deshonra,
Y encarecer á Leonor:
Añadiendo, que aunque ahora,
Es una peña, un diamante,
Un risco, un monte, una roca,
La vencerá andando el tiempo,
(Si bien de fuerte blasona)
La necesidad infame,
Que no hay virtud que no rompa.
Y así, viendo que mi vida
Ni me sirve, ni me importa,
Pues no es vida, bien mirado,
Vida con tantas zozobras;
Y acordándome que tú,
A quien me mate ó me coja,
Ofreces seis mil ducados,
Intento, ¡notable cosa!
Entregarme yo á mi mismo,
Para ganar de esta forma,
A costa de una garganta;
Lo que Valencia pregona;
Y porque Leonor, siquiera,
Con esta ayuda de costa,
Se libre de los peligros
Que en profecía la acosan.
Mira, señor, si el amor
Que me anima y me provoca,
Es bien nacido, y merece
Bronce y mármol, pues se arroja
Como gentil á la muerte,
Que ya me espera por horas.
Yo me prendo, yo me mato,
Yo me sirvo de ponzoña,



Carlos. « Que para un hombre de bien
Que hace estimacion heróica
De la honra que profesa,
No hay vida como la honra »

NO HAY VIDA COMO LA HONRA. — Act. III. Esc. 11.

Yo me traigo al sacrificio,
Yo doy la leña y la aroma,
Yo me vendo como esclavo,
Yo pongo al cuello la sogá,
Yo soy mi verdugo, yo;
Que cuando el honor se enoja,
Contra sí mismo se vuelve
Como irritada pelota.
Cúbrame los piés de hierro
La cárcel, sus lanzas rompa
La justicia, que enojada
Contra mí se muestra sorda;
Brote fiscales el oro
Que mi inocencia pospongan;
Salga de madre el poder,
Dé voces la envidia ronca,
Y escribanse contra mí
Mas delitos, y mas hojas,
Que tiene ese mar salado
De arenas, peces y conchas:
Que aunque sé que de esta suerte
Voy muriendo por la posta,
Y ha de matar á Leonor
Tragedia tan lastimosa,
Mas quiero morir, que oír
Su pobreza y mi deshonra,
Su riesgo y mis amenazas,
Su desdicha y mis congojas;
Que para un hombre de bien
Que hace estimacion heróica
De la honra que profesa,
No hay vida como la honra.
Vir. Envidioso me has dejado,
Porque en fábulas, ni historias,
No he visto resolucion
Tan honrada y tan briosa.
Cárl. ¿Qué responde vnecelencia?
Vir. Que soy Sandoval, y Rojas,
Y sé estimar la nobleza.
Esperad un poco: ¿ola?

ESCENA XII.

DICHOS, EL SECRETARIO, Y TODOS LOS
DEMAS PERSONAGES.

Sec. ¿Señor?
(Habla el virey con el secretario.)
Fern. ¿Qué es aquesto?
Vir. Entrad.
Leon. Daré voces como loca.
Cárl. ¿Mi Leonor?
Leon. ¿Pues cómo, ingrato,
Es posible que malogras
Una vida, que es tan mia,
Por una accion tan impropia
Del sér humano? ¿Qué tigre
Manchado á trechos, qué onza
Pintada de moscas negras
Y de color parda y roja,
Hubiera sido conmigo
Tan fiera y tan rigorosa?
¿Qué me importa la riqueza,
Que con tu muerte me compras,
Si no puede aprovecharme?
Porque apénas en la losa

Tu cabeza destroncada
Verá el alma que te adora,
Cuando con el mismo acero,
Aunque parezca lisonja,
Me abriré el pecho yo misma,
Y de su esfera amorosa
Tan vivo te sacaré
En brazos de mi memoria,
Que pueda otra vez prenderte
La justicia cavilosa.

¿Es posible que me matas?
Cárl. ¡Ay, Leonor! ¡Ay, dulce esposa!
Con esto muero contento;
Llega, pide, admite, cobra
En mis brazos la disculpa.
Vir. Hoy, aunque en palabras pocas,
Verá el mundo que compute
Con la faccion animosa
De Carlos, mi gran piedad.
Escuchad todos ahora.
Cárl. Leonor, oye.
Leon. ¡Trance fuerte!
Vir. Carlos, por ser tan notoria
La muerte del conde Astolfo,
Porque le halló con su esposa,
Confiesa que le mató.
Cárl. Es así.

Leon. ¡Notable cosa!
Vir. Mas supuesto que el que mata
Sin odio ni vanagloria,
Solo por guardar la vida,
O la hacienda, siendo propia,
Aun para con Dios no peca,
Y la honra es una joya,
Mas que la vida estimable,
Y que la hacienda preciosa;
Porque, como Carlos dice,
No hay vida como la honra:
Digo, que á Carlos perdono,
Porque en accion tan heróica,
No ha de enojarse el virey
De lo que Dios no se enoja.
Y porque yo prometí
Seis mil ducados, sin otras
Mercedes, al que trajera
Muerta, ó presa su persona,
Pues él mismo se ha traído
Sin grillos y sin esposas,
Lo prometido le doblo.
Cárl. Como Dios haces ahora;
Siendo nada, el sér me has dado.
Leon. A tus plantas generosas
Ofrezco lo que me das,
Que es la vida.

Trist. Aquí hay tres bodas,
Aquesto por abreviar
Cumplimientos y tramoyas.
Estos señores se casan,
Estotros dos se desposan,
Yo me arrugo con Ines.
Fern. Y aquí tiene fin la historia
Del marido mas honrado.
Leon. No se llama de esta forma.
Fern. ¿Pues cómo?
Cárl. Yo lo diré:
No hay vida como la honra.